

Completa el cuerpo del libro una muy interesante introducción de Asunción Bernárdez que, en pocas pero muy enjundiosas páginas, de lectura muy recomendable, hace algunas reflexiones sobre los temas de ambas obras.

Concluimos con las palabras de la propia Bernárdez:

“¿Tenemos que librarnos de este imaginario de artificialidad, de “muñequización” que parece habernos definido siempre? ¿O tal vez la clave está en la reivindicación del cuerpo como mero artificio? Porque al fin y al cabo, como decía un poeta, no hay más paraísos que los artificiales.” ■

...Que estaba detenido

de José Luis Alonso de Santos

Pedro Manuel Villora

Cuadros de amor y humor, al fresco

De José Luis Alonso de Santos

Edición:
La Avispa,
Madrid, 2001.

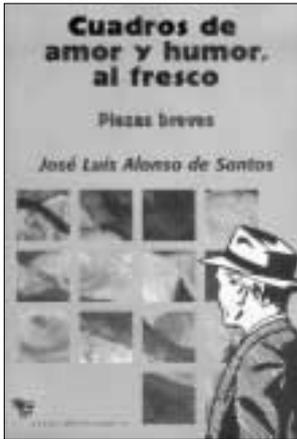
“Un bello cuadro que estaba detenido, un mundo de cristal reposando en su nido”; así es el escenario que nos muestra el trovador que asoma “entre gasas y luces de colores” para contarnos cómo, “dulcemente, el amor volverá de manos de dragones que habitan en sus cuevas”. Durante años, José Luis Alonso de Santos fue para mí, y sobre todo, el autor de *La verdadera y singular historia de la princesa y el dragón*. Sé de más ex-niños, o niños aún, para los que esta obra sigue siendo fundamental, acaso iniciática (sin ir más lejos, me consta que mi propia hermana Ana Rosa utiliza este texto en sus clases prácticas de Educación Especial).

Sin embargo, no es nada frecuente que, cuando se habla de Alonso de Santos con la supuesta y engolada seriedad del análisis académico o el aparentemente profundo comentario intelectual, se recuerde esta incursión suya —y no la única— en el teatro infantil. La causa posiblemente esté en el desinterés que rodea a este género, a veces considerado menor, y que casi siempre sufre tratamiento de escasa relevancia. Pero también podría pensarse que la razón sea la dificultad casi generalizada que parece existir para no reducir al autor de éxito a un pequeño conjunto de lugares comunes.

Alonso de Santos tiene la suerte —y la suerte es una moneda de dos caras— de haber escrito una de esas pocas obras real-

mente populares, que es *Bajarse al moro*. Es uno de esos títulos que ayudan a vertebrar la historia de un arte gracias, entre otras cosas, a que llegan a hacerse familiares a los habitualmente desinformados. Su peligro es que, por esa facilidad de acceso, las características coyunturales de estos textos se eleven a rango de categoría y se conviertan en argollas que aferren el conjunto de la obra del autor. Así, no es raro que en ciertos círculos no estrictamente teatrales, como institutos de enseñanza o medios de comunicación, se hable de José Luis Alonso de Santos en términos de “teatro social”, “compromiso con su tiempo” o “realismo”. Todo ello es verdad, pero nada es suficiente. Para los aspirantes a dramaturgos, posiblemente sea el autor de *La escritura dramática*; para los mitómanos, quien dio a Mary Carrillo su último papel; para los envidiosos, quien crease para El Brujo varios grandes personajes; para la mayoría y numerosas minorías, el actual director de la Compañía Nacional de Teatro Clásico (de lo cual no duda en burlarse en su pieza *Profesionales* con un admirable sentido autoparódico).

Todo eso, siendo cierto, no sirve sino para dar apuntes parciales que no alcanzan a dibujar la trascendencia auténtica del mundo creador del autor de *La sombra del Tenorio*. Es algo que volvía a pensar mientras leía las treinta piezas breves de *Cuadros de amor y humor, al fresco*. Un



comentario apresurado acaso podría concluir afirmando que son otras tantas incursiones en la realidad para reproducir determinadas constantes que envían las relaciones amorosas entre los seres humanos. Pero esto, que sería verdad, sigue sin reflejar aquello donde radica la capacidad de Alonso de Santos para emocionar, o emocionarme. Para mí, José Luis es un mago que labra sus encantos con la materia del tiempo; y el tiempo es esa senda sutil que en sus obras conduce desde la crítica a la emoción.

Me reafirmé en esa sospecha que ya tenía al leer estos textos y darme cuenta del título general bajo el que se publican. Son cuadros —como aquel cuadro detenido del trovador— pintados al fresco, cuando, por su técnica, la pintura al fresco es precisamente una carrera contra el tiempo. Una obra como *Bajarse al moro* es una maquinaria que estalla de tiempo para iluminar su propia época; el tiempo en ella ha ido recogiendo tantos materiales activos que la reacción con el presente desencadena una explosión de rabia y furia. En una obra como *El álbum familiar*, en cambio, parece detener el tiempo con un juego de esclusas que son fotografías, estampas, cuadros... Estancado, el tiempo va aquí rezumando historias, personajes, sentimientos, pulsiones que afectan a órganos olvidados o incluso desconocidos.

El concepto de detención, tan fácilmente aplicable en distinto sentido a *La estanquera de Vallecas* o *Salvajes*, permite hablar también de un tiempo detenido, en el que, en apariencia, la vida sigue bullendo y el amor continúa ignorando cualquier riesgo. Pero el tiempo detenido, el fresco que es así porque sabe que no tuvo tiempo para ser de otra manera, es más triste que todo eso. Un cuadro como *Mujeres de vida fácil* habla de las penurias de dos prostitutas, lo cual es cercano, e importante, y social; pero la grandeza de su drama, la certeza de que es inmutable y nunca cambiará, nos la da la imagen final, cuando se alejan “enmascaradas de mujeres alegres y dichosas”. Es algo parecido a las dos presas de *Entre rejas*, que entre insultos y friegues van “masticando las noveleras tragedias de sus vidas”.

El humor de las situaciones se ensombrece cuando el tiempo se detiene y nos

señala sus trampas: la máscara, lo novelero... El tiempo no duda en convertirse directamente en enemigo cuando no permite por unos segundos que un soldado moribundo termine de dictar su *Carta de amor a Mary*. El hallazgo del autor es hacer que todo suene a hipertrofia de patriotismo yanqui, y se permite jugar humorísticamente con la evidencia de que estamos ante una “patética escena”... hasta que el final nos descubre un patetismo en efecto real.

En *Buenos días, señor doctor*, dos ancianas enfermas esperan la visita de su médico, del cual ambas están enamoradas y por eso se enredan en discusiones de celos. La situación es divertida, pero el ridículo de dos esperpentos que se emperifollan es más patético aún cuando se es consciente de que el tiempo pronto les quitará todo, hasta la ilusión de un nuevo amor. En *Una cuestión de honor*, el asunto es el mismo tiempo y cómo unos cuernos que habrían tenido un desenlace sangriento en época de Calderón resultan tan pobres hoy, “en época tan poco heroica”.

Pero la detención del tiempo es aún más evidente en *La bola del mundo*, donde un joven, diez minutos antes de ir a la iglesia para casarse, cuenta a un vagabundo el proceso de su noviazgo, paso a paso, y que le impide cumplir su sueño, que es vagar interminablemente por los mares. Al detener su impulso y casarse, el joven entra en un tiempo detenido y triste, sin que su drama haya afectado al vagabundo que “se estira de nuevo en el banco, a tomar el sol de la hermosa mañana de mayo”. Y esa muerte en vida del joven es como la muerte real del hombre feo que desea recorrer mundo y no se quiere casar, por lo cual es asesinado por la bella acosadora de *Una verdadera mártir*.

Se podrían recorrer estos treinta cuadros registrando ejemplos, pero tampoco es necesario. Lo mejor sería leer sin más este hermoso y melancólico libro que nos habla tanto, y tan bien, de un autor de múltiples registros y capaz de sorprendernos en cada momento y de mostrarnos de una vez la cara triste y la cara alegre de la realidad... o la pesadilla y el ensueño a un tiempo. ■